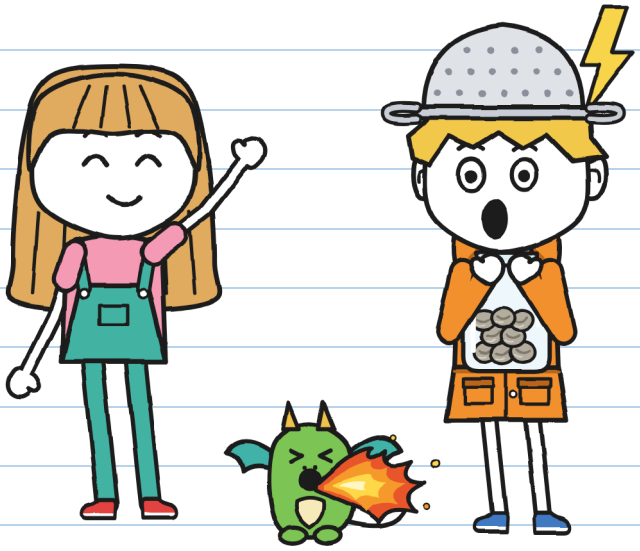
ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA L
Nivel avanzado · 11+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA L · Nivel avanzado · 11+

Versión en español de México: LinguAula

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Segundo libro de la serie. El primero: «Este paquete muerde».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún trueno resultó herido durante la escritura de este libro. —J.



Y de nadie más. —J.

Si lo encuentras, no lo abras antes del trueno.



Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: tú no lo hagas. Si dura varias páginas, pone DESDE AQUÍ y HASTA AQUÍ. Con tormenta de verdad, manda la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Cazador de tormentas (más o menos). Este cuaderno es suyo.



Julita. Cuenta los segundos entre el relámpago y el trueno. Escribe en verde y firma J.



Miga. Cría de dragón. Le copia todo a Guni. Todo.



Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis.



Flora. La jardinera de la calle del Canal, 9. No firma piedras.



Vera. Cuida dragones en la Casa de los Dragones, al lado de la de Flora. Miga vive con ella.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.

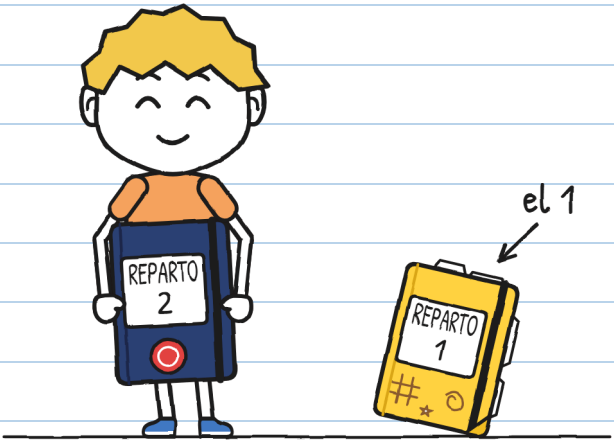


R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.

CUADERNO DE REPARTO 2
de Guni

OFICIAL.

«Oficial» significa que lo leo yo primero. Oficialmente. —].



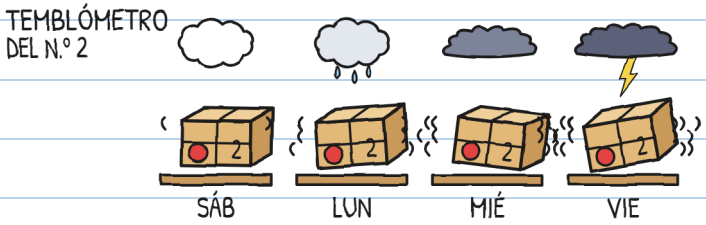
El cuaderno 1 se me acabó: está lleno. Este me lo dio Mara, la dueña de la tienda, con el sello de la tienda en la tapa. Dice que los cuadernos oficiales no se pintan. Ya veremos.

CAPÍTULO 1

Cazador de tormentas

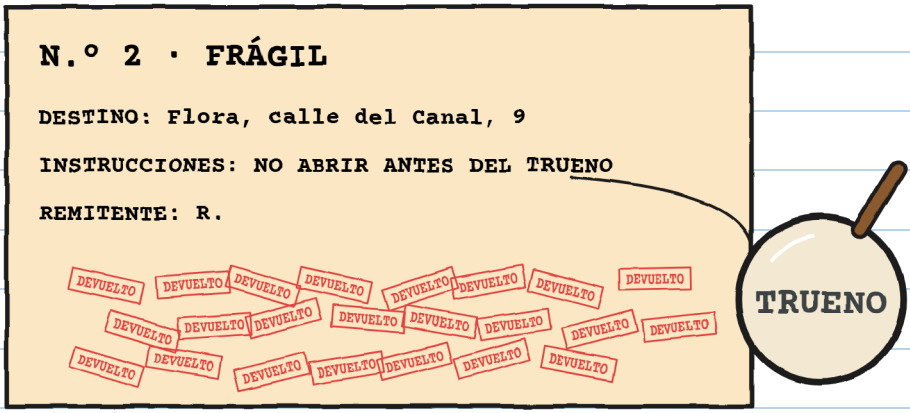
En la tienda de Mara hay un paquete que tiembla. Lleva así desde el sábado pasado, cada día un poco más.
Decidí no tocarlo.
El último que entregamos Julita y yo era un huevo; ahora es una cría de dragón que se llama Miga y me copia todo.

En la tienda, enfrente de mi casa, quedan diecinueve devueltos. Y uno parece haberse cansado de esperar.



No tiembla de miedo: tiembla porque viene una tormenta. El sábado, a las seis de la tarde. Lo revisé seis veces en el pronóstico del clima. —J.

Los devueltos son paquetes que siempre vuelven: si quien los recibe no firma la etiqueta con tinta que no se borra (como la del marcador verde de Julita), al amanecer regresan volando a su estantería. La misma persona los manda todos: R.



El n.º 2 llevaba veintitrés sellos de DEVUELTO.

Veintitrés. Los conté dos veces. —].

—Veintitrés veces lo he llevado yo —dijo Mara—.
Y ninguna con tormenta.

El sábado, a las diez, Mara nos esperaba en el mostrador con el n.º 2 en las manos. Toño estaba allí: los sábados estamos los tres castigados en la tienda, por entregar el n.º 1 sin permiso.

—Este —dijo Mara— lo van a entregar ustedes. Esta tarde.



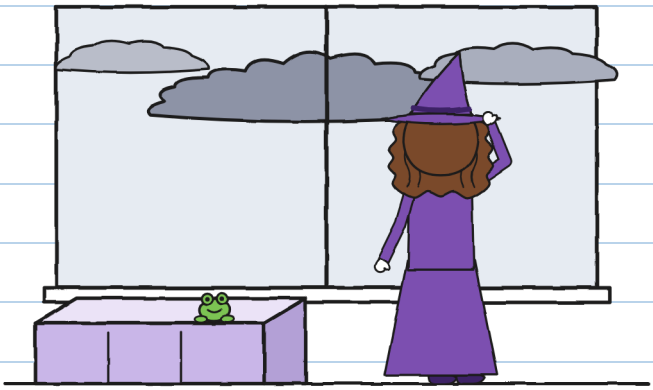
Julita dio un salto tan grande que casi tocó el cartel de QUEDAN 19.

Mara puso tres condiciones, y las contó con los dedos:

1. Salen a las cinco, antes de que llegue la tormenta, y se quedan en casa de Flora hasta que pase.
2. Sus familias ya lo saben, y Flora también.
3. La regla es la de la etiqueta: no se abre antes del trueno. Y tiene que ser el de encima: los de lejos no valen.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Julita.

—Yo tengo cosas que hacer aquí —dijo Mara, y miró por el aparador el cielo, que se estaba poniendo gris.



¿Qué cosas? —J.

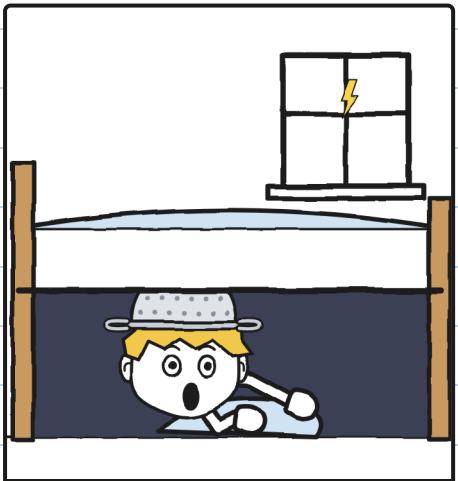
Entonces Julita me miró a mí.
—¿A ti te gustan las tormentas?

Y yo dije lo que se dice cuando alguien te mira así:

—Me encantan. En mi antiguo barrio era cazador de tormentas profesional.



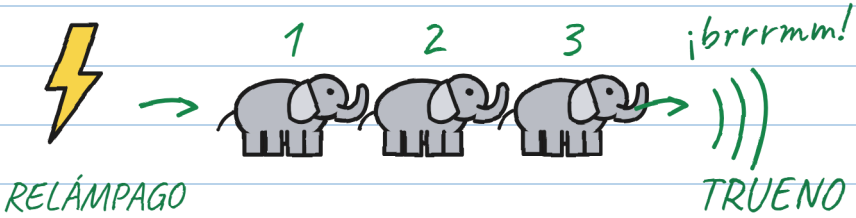
Lo que dije



Lo que pasó de verdad

Profesional de debajo de la cama. —J.

Julita me enseñó a contar una tormenta. En mi cuaderno, sin pedir permiso, como siempre:



un elefante, dos elefantes, tres elefantes...

1 elefante = 1 segundo

3 elefantes = 1 kilómetro (más o menos)

0 elefantes = ¡ENCIMA!

↖ Ese es el trueno de la etiqueta.
Los de lejos no abren el paquete.

Más elefantes: ese rayo cayó más lejos.

Si oyes un trueno, aunque sea lejos: ¡a cubierto!

Lo que se sabe da menos miedo. —J.

Yo no necesitaba contar nada, porque a mí me encantan las tormentas. Pero lo apunté, por si acaso.

Toño leyó la etiqueta por encima de mi hombro y nos enseñó la letra pequeña de su mochila.

—RAYO no reparte con tormenta.

—Todavía no hay tormenta —señaló Julita.

Toño repasó la letra pequeña. De «todavía» no decía nada. Y se vino con nosotros.



Letra pequeña, excusa grande. —J.

A las cinco crucé a mi casa por el impermeable.

—Ponte el naranja —dijo mi madre desde la puerta—. ¿Seguro que quieres ir? Si tú, cuando truena...

—¡ADIÓS, MAMÁ!

«Si tú, cuando truena...» ¿QUÉ? —J.

Cruzamos el Puente Mayor, que de noche levantan para que pasen los barcos, con el cielo cada vez más negro. Al pasar por en medio, Julita saludó al agua con la mano, muy seria: el canal y ella no se llevan bien.



Muy lejos, se encendió el cielo. Julita contó treinta elefantes antes de oír nada.

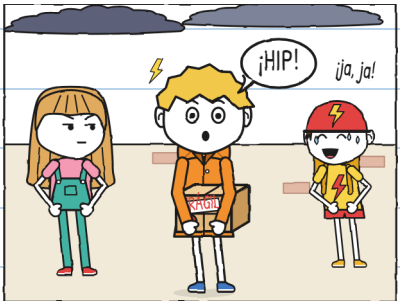
Brrrmm.

—Ese rayo cayó a unos diez kilómetros —dijo—. El pronóstico anuncia la tormenta para las seis.

—¡Tronó! —dijo Toño—. ¿Ya se puede abrir?

—Ese no abre el paquete —dijo Julita—: el de la etiqueta es el que suena a la vez que el relámpago, cero elefantes. Pero ya se oye, y eso basta: ¡a cubierto! Corrimos hasta la calle del Canal. Yo hice como que no había oído ningún trueno.

—¿Eso fue un hip? —preguntó Julita.
—No —dije—. ¡Hip!



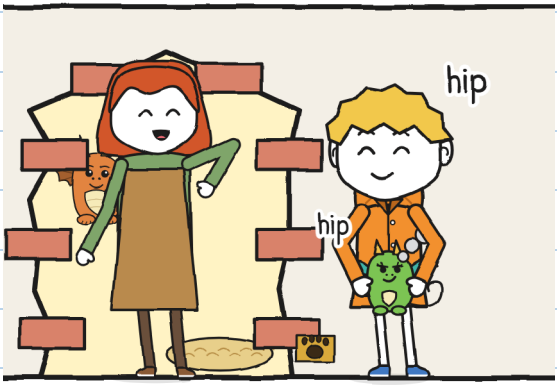
Me pasa desde pequeño, pero solo con los truenos: con cada trueno me da una racha de hipos, uno cada tres segundos, y con la tormenta encima no paro. No es miedo. Es una cosa que hace mi cuerpo sin consultarme.

Se llama miedo. —J.

Vera nos esperaba ya en la puerta de la Casa de los Dragones, pegada a la de Flora, con Miga en brazos: los sábados, Miga pasea conmigo.

—Solo hasta casa de Flora: es su primera tormenta —dijo Vera, y me la dejó en los brazos—. Te copia todo, Guni. También lo que sientes. Si se asusta, no tires de ella: se agarra. Cuando pase la tormenta, tres golpes en la barda y voy a buscarla.

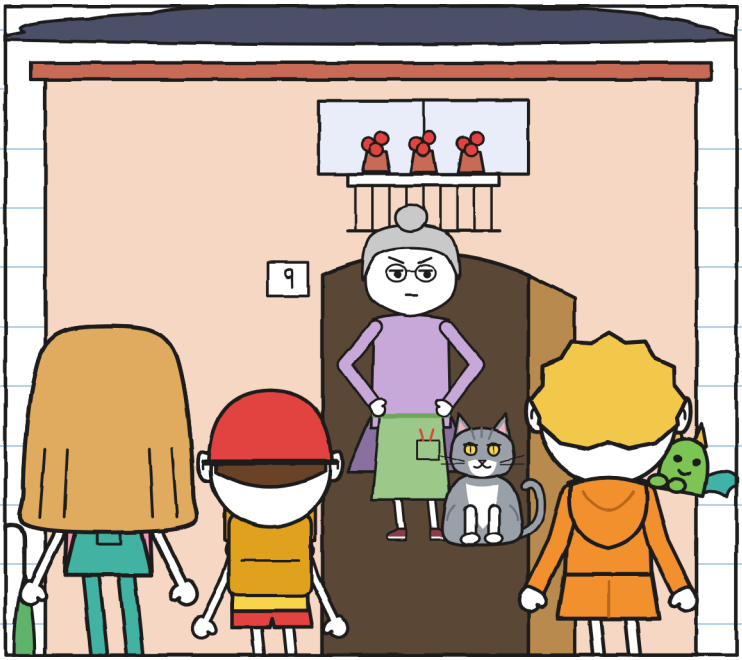
—Yo no siento nada —dije—. A mí me encantan las tormentas.



Lejos, tronó. Yo hice hip. Miga hizo hip, y le salió humo por la nariz.

—Adentro, ya —dijo Vera.

La casa de Flora es la de los geranios: la del balcón desde donde una señora nos miraba hace dos sábados, cuando buscábamos la puerta de la Casa de los Dragones. Esa puerta parece una pared.



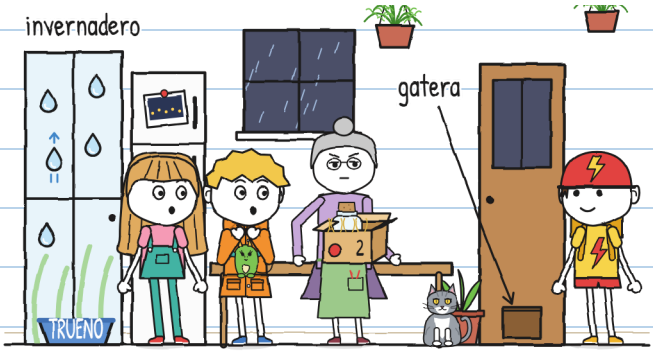
Flora abrió la puerta antes de que llamáramos. Miró la caja. Miró el cielo. Miró a Miga.

—La cría de Vera. Que no me chamusque los helechos —dijo—. Pasen, que viene agua. Pero les aviso: yo no firmo piedras.

CAPÍTULO 2

¡Trueno!

La cocina de Flora está llena de plantas: en la mesa, en el suelo, colgadas del techo. Al fondo, una puerta de cristal da a un invernadero, y la de atrás, con gatera, al patio. Toño metió la bici en el pasillo, por la lluvia.
En el cristal del invernadero había unas gotas pintadas. Una subió hasta el marco. La siguiente la adelantó.
—Cristales encantados de R. —dijo Flora—. Dejan pasar la lluvia cuando yo quiero. Los rayos, nunca.



Miré la caja del n.º 2. Por lo visto, R. sí sabía entregar algunas cosas.

Flora puso la caja en la mesa y la abrió sin preguntar. Dentro, entre paja, había un frasco de cristal con ocho bolitas grises.

—¡Pone que no se abre antes del trueno! —gritó Julita.

—Abrí la caja, no el frasco —dijo Flora—. Lo que hay dentro ya lo sé: R. me prometió farolitos, y me manda piedras.



—¿Qué es un farolito? —pregunté.

Flora despegó del refri una foto vieja: el paseo del canal, de noche, con una fila de lucecitas en la orilla.



—Son plantas que guardan la luz de los relámpagos —dijo Flora—. Por la noche, la devuelven.
—¿Y R. las plantaba?
—Traía las semillas ya despiertas; yo ponía la tierra. Nunca vi una dormida.
—¿Y los farolitos?
—Se apagaron uno a uno. R. dejó de venir. Ahora manda esto.

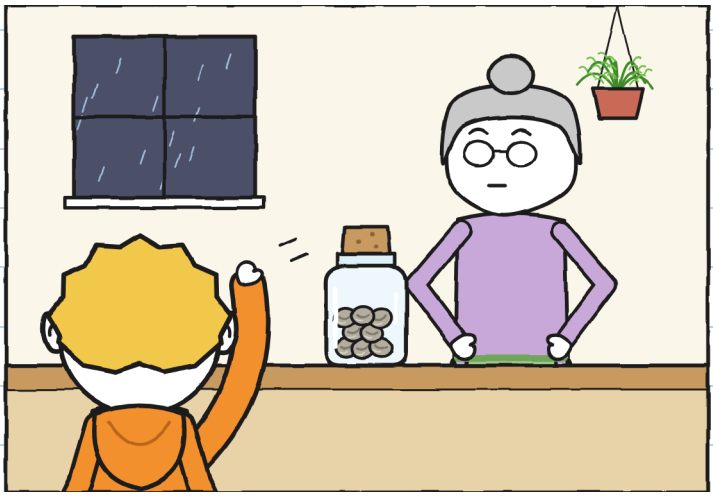
Por eso el canal, de noche, está tan oscuro. Por eso da tanto miedo la pasarela, esa tabla que lo cruza.

Daba. A mí, mucho: la crucé a oscuras. —J.

—R. siempre cumple —dijo Flora—. Tarde, pero cumple. Con esto, no: veintitrés veces me han traído este frasco, y veintitrés veces, piedras.

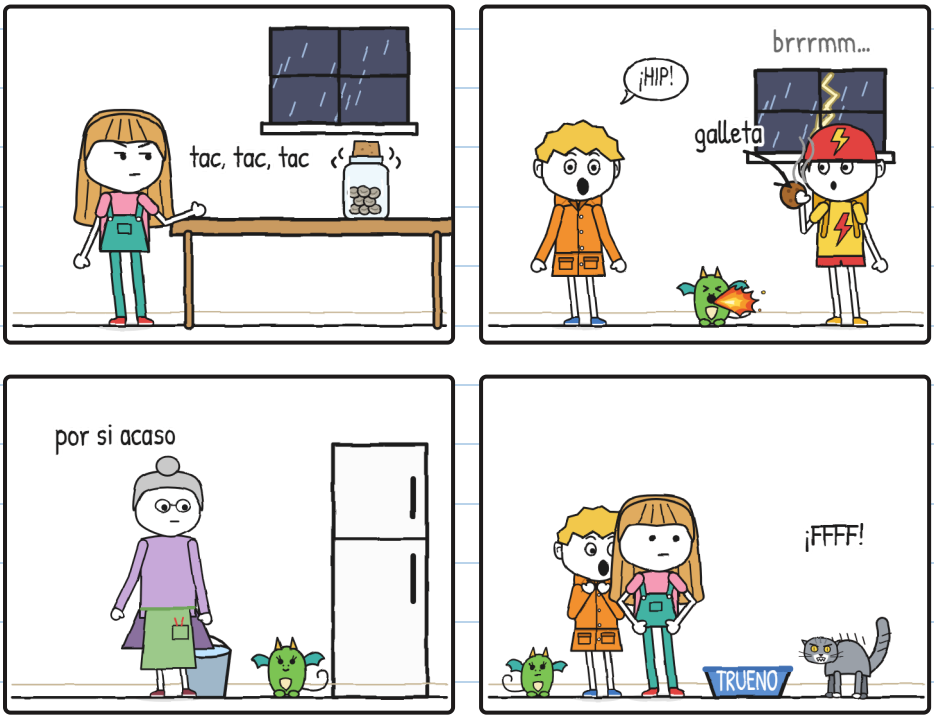
Pensé en la etiqueta. Me la sabía de memoria, instrucciones incluidas.
—¿Y usted esperó alguna vez al trueno para abrirlo? —pregunté.

Flora me miró como si le hubiera preguntado si el agua moja.
—Yo no espero a nadie —dijo—. Ni a un trueno.



El gato de Flora se llama Trueno: lleva el nombre escrito en su cuenco. Es gris como una nube y ronronea como un trueno de verdad.

Mientras esperábamos la tormenta, en la cocina pasó de todo y no pasó nada:



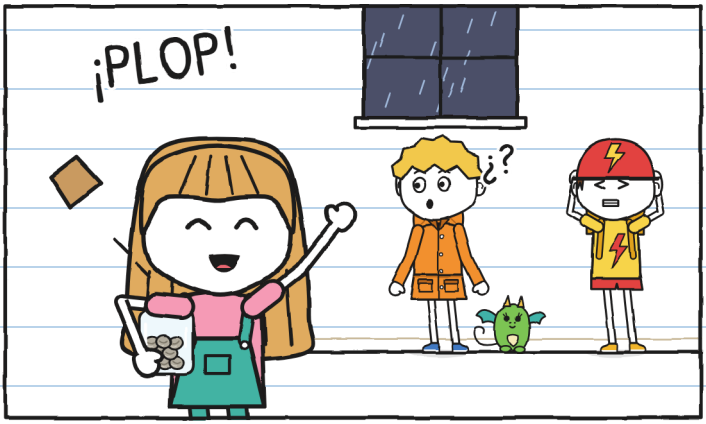
Lo peor de un trueno es esperarlo. —J.

El frasco tintineaba en la mesa, cada vez más fuerte. Julita contaba en voz baja: «Doce elefantes». «Nueve». Debajo de la mesa, su pie llevaba otra cuenta.

—Vas a hacer un agujero en el suelo —dije.
—Estoy contando.
—Pues avisa a tu pie. Va por delante.
Entonces Miga hizo otra llamita, y Trueno salió disparado por la gatera, al patio. Flora abrió la puerta de atrás y lo llamó a gritos desde el umbral:
—¡TRUENOOO!



Y Julita abrió el frasco.



—¡Tronó! —dijo.

No había tronado. Había gritado Flora. Trueno es el gato.

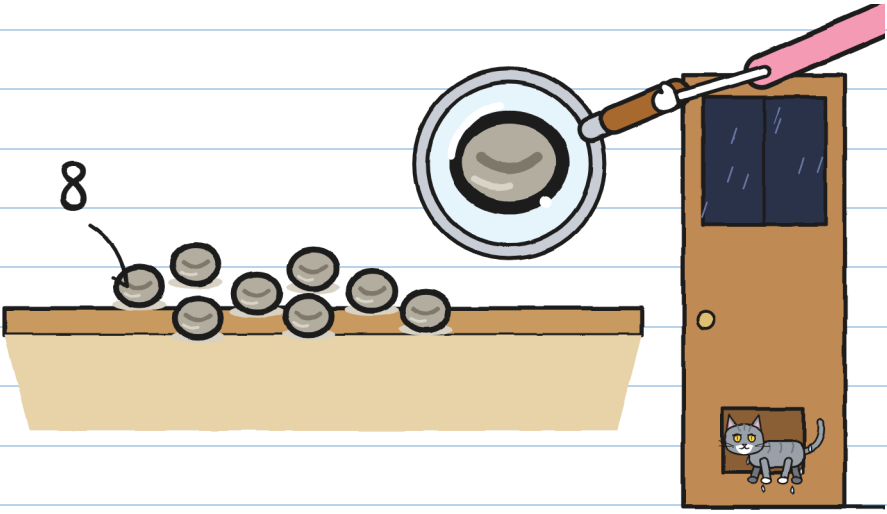
Yo oí «¡TRUENO!», que era justo lo que estaba esperando. Nadie me dijo que fuera un gato. —].

Lo puse en la página 17.

Esa página la leí después. —].

Al abrirlo, el frasco dejó de tintinear. Dentro solo había ocho bolitas grises, frías y quietas. Julita las echó en la mesa para mirarlas con la lupa.

—Tienen una rayita —dijo—. Como un ojo cerrado.



Trueno volvió solo por la gatera, empapado, y Flora cerró la puerta.

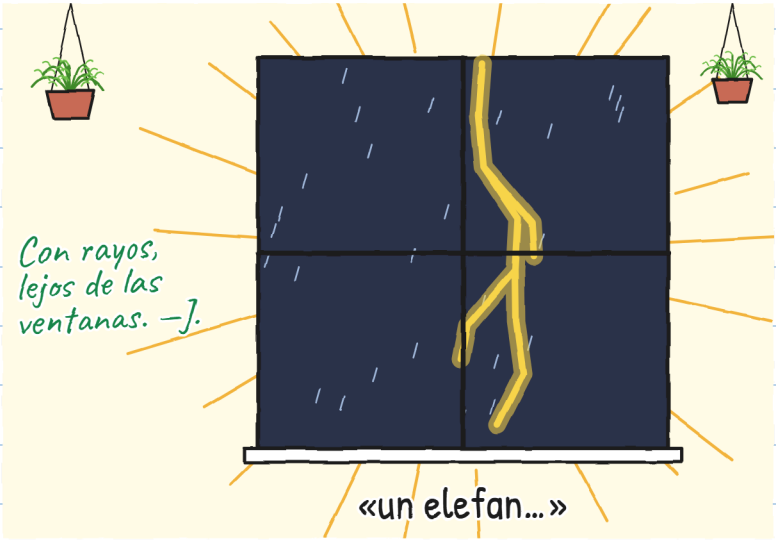
—Piedras. Como siempre —dijo, y miró a Julita.

Julita se puso del color de su playera.

—Están dormidas —dije yo—. No son piedras: son semillas. Por eso pone «no abrir antes del trueno». A lo mejor un trueno las despierta. Uno gordo, de los que hacen temblar los cristales.

Flora se quedó callada. Luego dijo:
—Si son semillas, que lo demuestren.

Fuera ya era casi de noche, aunque solo eran las seis. Relámpago. Julita empezó a contar:

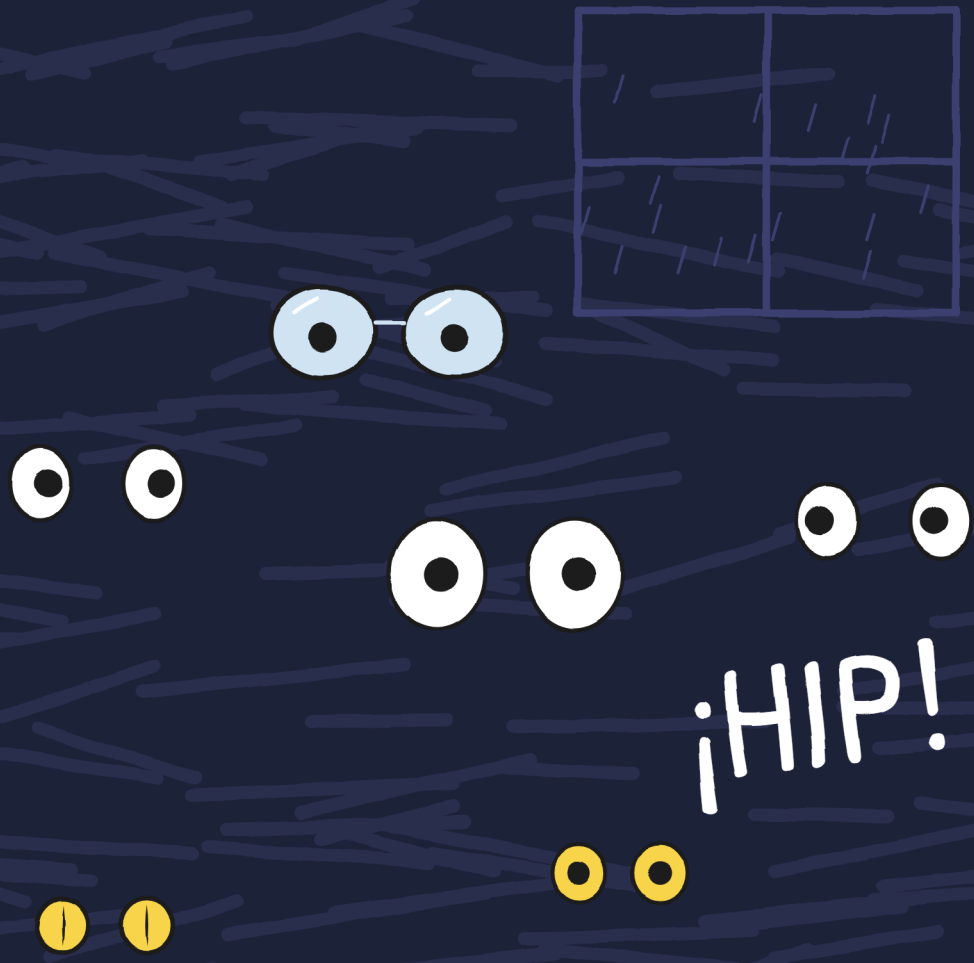


Y entonces llegó el de verdad.



El trueno llegó a la vez que el relámpago: la tormenta estaba encima. Temblaron la mesa, los vasos y los cristales.

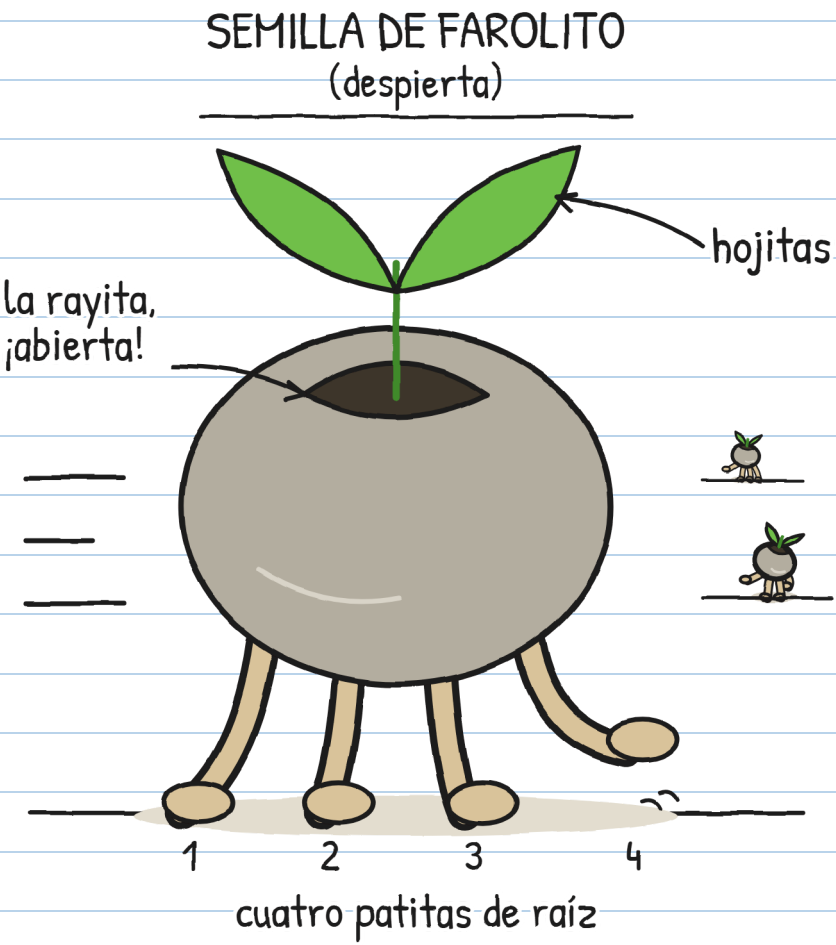
Y se fue la luz.



Hice hip. Miga hizo hip, y le salió una llamarada.
Durante un segundo se vio toda la cocina.

La mesa estaba vacía.





Las piedras tenían patas.

Y prisa. —J.

CAPÍTULO 3

Se mueven si no miras

A oscuras se oía un ruido de lluvia pequeñita: tic, tic, tic. Cuando relampagueó otra vez, las semillas estaban más lejos. Y quietas. Muy quietas. Como si no hubieran hecho nada.

Corrían rápido, pero cada relámpago las paraba, y había muchos relámpagos. Yo las veía desde debajo de la mesa. Me había puesto el colador de Flora, que colgaba de un clavo: en mi casa, cuando truena, me pongo uno.



Es «Luz roja, luz verde». Con semillas. —].

Flora enfocó una semilla con la linterna. La semilla se quedó clavada en el suelo. Cuando apuntó a otra, la primera aprovechó para escapar.

—¡Son semillas! ¡Están despiertas! —gritó Flora.

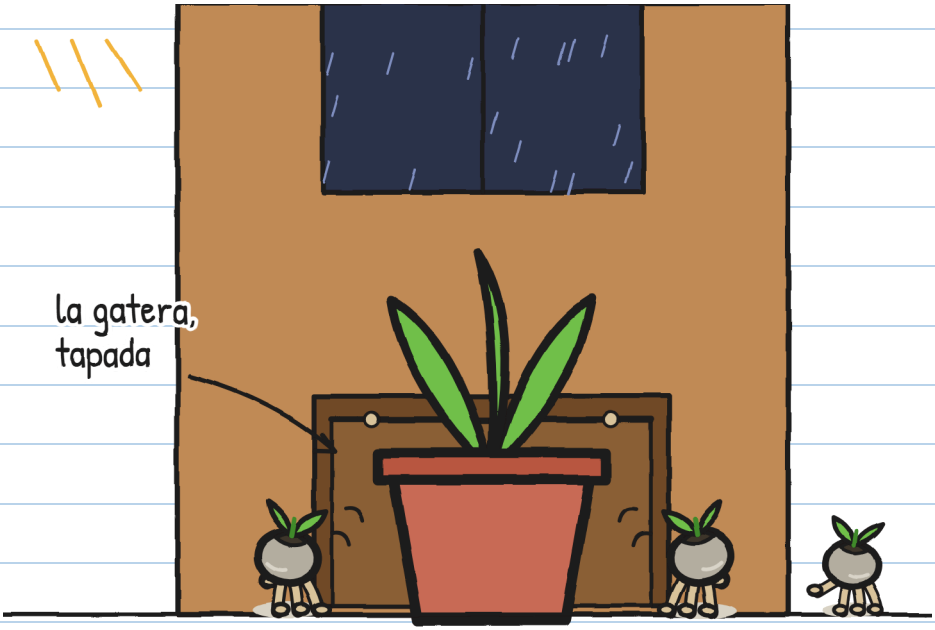


Por primera vez parecía encantada de que algo corriera por su cocina.
—Necesitamos otra linterna —dije.
—Pues ve pensando otra solución. Solo tengo esta.

Ocho semillas y una linterna. La segunda semilla también se escapó.

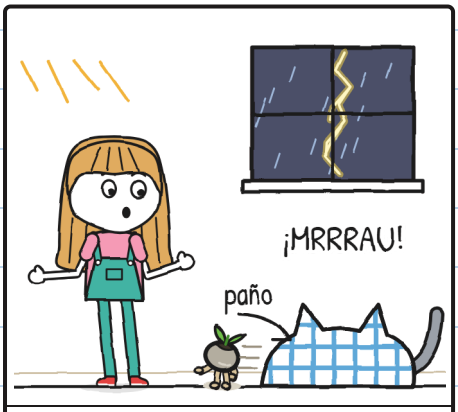
Iban todas hacia la gatera.

—Buscan tierra mojada de tormenta —dijo Flora, y puso una maceta enorme delante—. En casa solo hay tierra regada con agua de la llave, también en el invernadero, y esa no les sirve. Fuera casi no hay: losas, un caminito y el canal. Si salen, la lluvia se las lleva al agua.

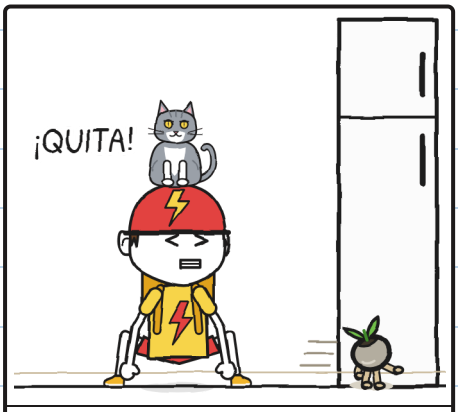


La gatera quedó tapada. Pero ahora estaban por toda la cocina, a oscuras, y en una cocina hay cien sitios donde esconderse.

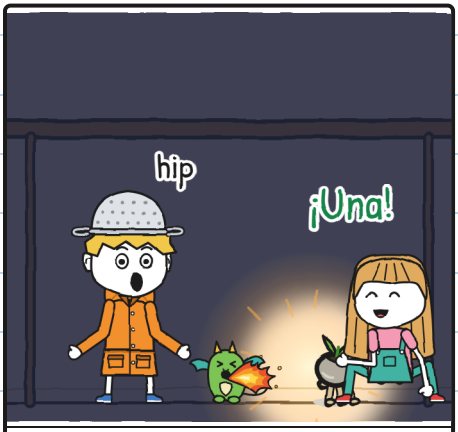
Lo intentamos todo:



Julita, con un paño:
cazó a Trueno.



Toño, con las manos:
Trueno lo cazó a él.



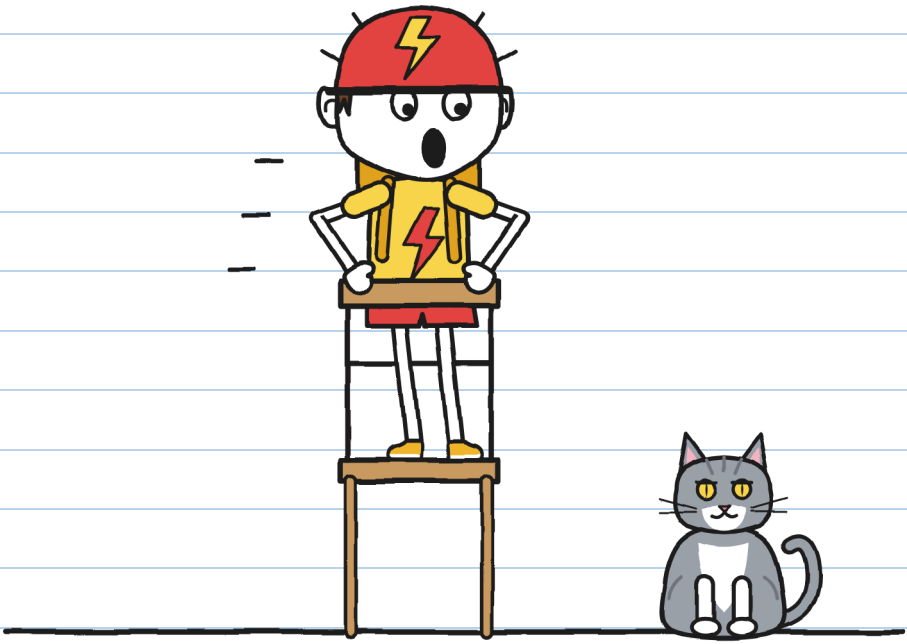
Miga, con su llama: ¡una!



Flora, con la linterna: ¡dos!

Trueno también las perseguía. Él ve casi a oscuras. Nosotros, no.

Toño no tiene miedo a las tormentas. Toño tiene miedo a los gatos.

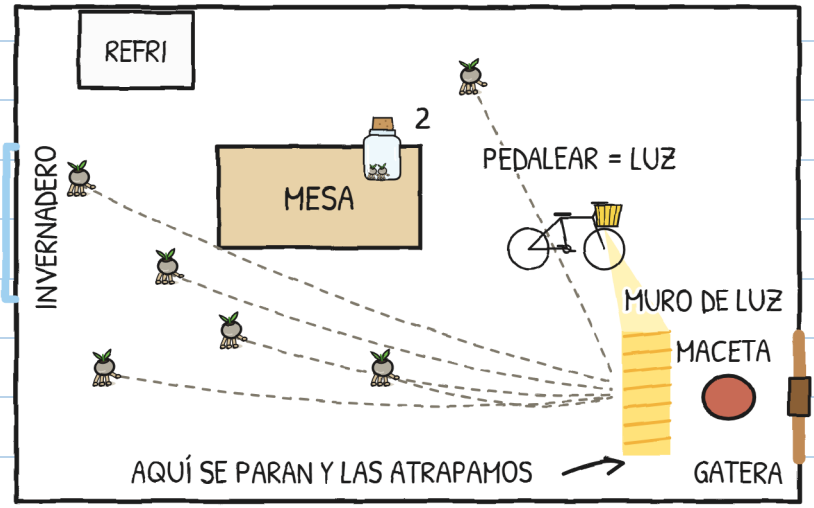


—¡Que no es un gato! —le dijo Julita—. ¡Es Trueno!
—¡PEOR!

Dos sustos y un solo nombre. —J.

Yo seguía debajo de la mesa, con el colador puesto. Con cada relámpago veía el suelo entero, y me fijé en algo: las semillas daban vueltas por la cocina, pero siempre regresaban a empujar la maceta de la gatera.

No teníamos que perseguirlas. Sabíamos adónde irían.



Hice un plano.

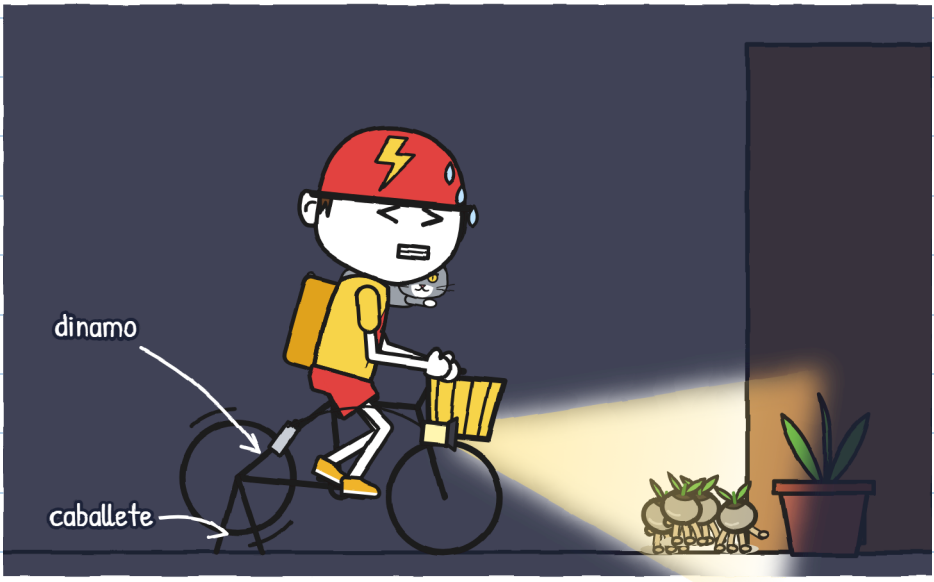
—Toño, ¿tu faro se enciende al pedalear?

—Claro.

—Pues hoy vas a repartir luz.

Pusimos la bici en su caballete, con el faro apuntando a la gatera. La dinamo de RAYO va pegada a la rueda de atrás: si gira, hay luz. Y Toño pedaleó.

Pedaleó como no había pedaleado nunca. Sobre todo cuando Trueno se le subió encima.



Por fin RAYO sirve para algo. —J.

Las semillas llegaban a la luz y se quedaban quietas, de puntillas, como cachadas en el acto. Nosotros las íbamos metiendo en el frasco, una a una. Tres. Cuatro.

Trueno atrapó otra con la boca, y Flora se la quitó con dos dedos.
—¡Cinco! —dijo.



Seis.

Flora tapó el frasco, para que no se escapara ninguna, y se agachó a ayudarnos. Entonces Trueno saltó a la mesa y lo tiró.



Toño lo atrapó en el aire, antes de que tocara el suelo.
—RAYO —dijo—. En un segundo o gratis.

Pero había dejado de pedalear, y la luz se apagó.
Y a Trueno no hay quien lo pare: salió disparado hacia la gatera.

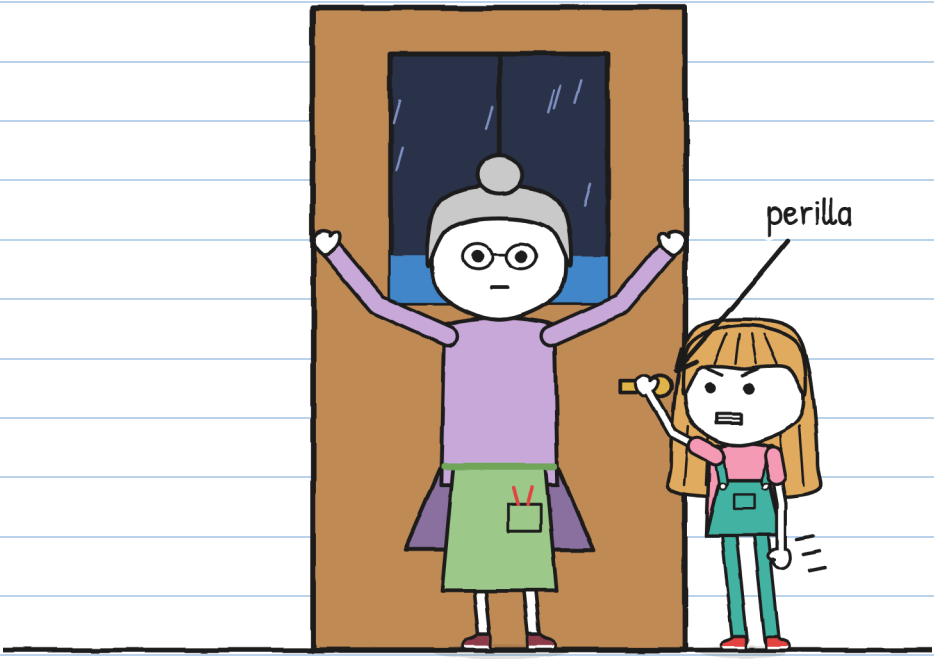
A oscuras: tic, tic, tic. Trueno empujó la maceta: croc. Y la gatera hizo clac.

Cuando volvió a relampaguear, en el suelo quedaba una sola semilla, y Julita la atrapó. Siete.



La octava se había ido por la gatera.

—¡Voy por ella! —dijo Julita, con la mano ya en la perilla.
—Con rayos, de esta casa no sale nadie —dijo Flora, y se puso delante de la puerta. No estaba para discusiones.



Julita no discutió. Pero tampoco soltó la perilla.
Al rato, la gatera hizo clac. Era Trueno, empapado.
Sin la octava.

—Relámpago... un elefante, dos elefantes.
Brrrmm.
—Dos —contó Julita—. Sigue muy cerca.

—Pues ahora, a plantarlas —dijo Flora—. Antes de que se vaya la tormenta. Y a oscuras.
—¿Con rayos? —preguntó Julita.
Flora comprobó las gotas que subían por el cristal.
—El encantamiento sigue puesto. Los rayos se quedan fuera. Nosotros, dentro.



Luego repitió «A oscuras», mirando a Miga.

Miga me miró a mí. E hizo hip.

CAPÍTULO 4

Hip

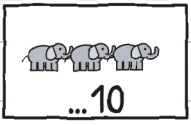
Flora nos explicó cómo se planta un farolito, como se lo había enseñado R. Lo apunté con letra de cuaderno oficial:

CÓMO SE PLANTA UN FAROLITO

1. 
Tierra mojada de tormenta.
(La de la llave no vale.)

2. 
Abrir el frasco sobre la tierra.
(Si lo abres antes, se escapan.)

3. 
Todo a oscuras: ellas solas se meten en la tierra.
(Si las entierras tú, no brotan.)

4. 

Antes de que se vaya la tormenta:
con más de diez elefantes,
ya no se plantan hasta la próxima.

Para despertarlas, cero elefantes. Para plantarlas, hasta diez. Con once, a dormir. —J.

Flora giró la manivela del techo. La ventana no se abrió: fueron las gotas pintadas las que dejaron de subir y empezaron a bajar por el cristal.
La lluvia lo atravesó como si no estuviera allí y cayó sobre el bancal, una mesa larga llena de tierra.
—Toda al bancal. Ni una gota al suelo —le ordenó Flora a la lluvia.



Estos cristales solo existen en el cuento. En una tormenta real, nada de invernaderos (página 76). —].

—Tierra mojada de tormenta —dijo—. Ahora, todo a oscuras.

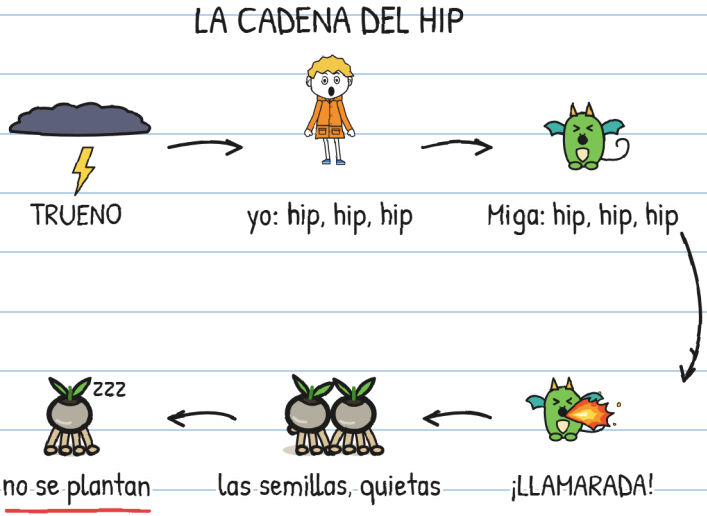
Pero Miga ya estaba dentro: se había colado entre los pies de Flora, al abrir la puerta, sin que nadie la viera. Estaba debajo del bancal, entre las macetas.

Flora tiró de ella con cuidado. Miga se agarró a las macetas con las cuatro patas. Vera nos lo había dicho.



Y cada vez que yo hacía hip en la cocina, en el invernadero se encendía Miga.

Lo dibujé para entenderlo:



En la cocina, el hip nos ayudaba: una llamarada, una semilla quieta, una semilla atrapada. En el invernadero nos hundía: con una llamarada cada tres segundos, nunca estaba oscuro el rato que ellas necesitan para meterse en la tierra.

Hay que romper la cadena. El eslabón más fácil eres tú. Con cariño. —J.

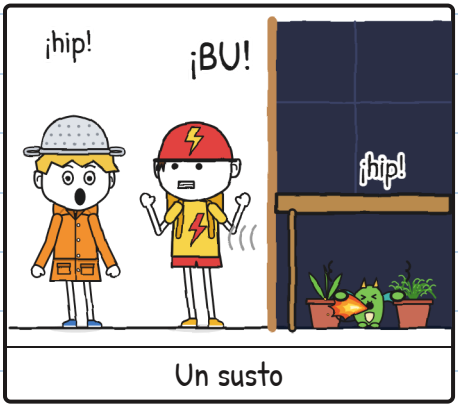
Probamos todos los remedios para el hipo:



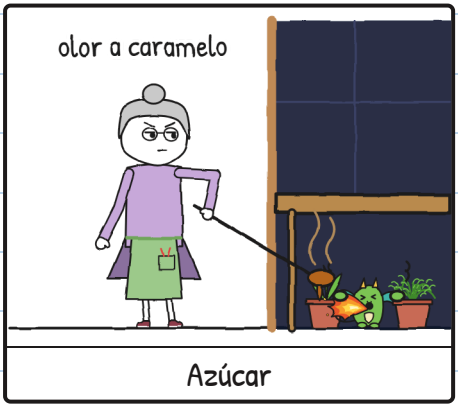
Aguantar la respiración



Agua al revés



Un susto



Azúcar

Miga los copió todos, uno por uno, sin soltarse de sus macetas.

Remedios: cero. Hipos: muchos. —J.

—Cuatro elefantes. Cinco.
Sonó el trueno. Julita dijo que aquel rayo había caído más lejos.

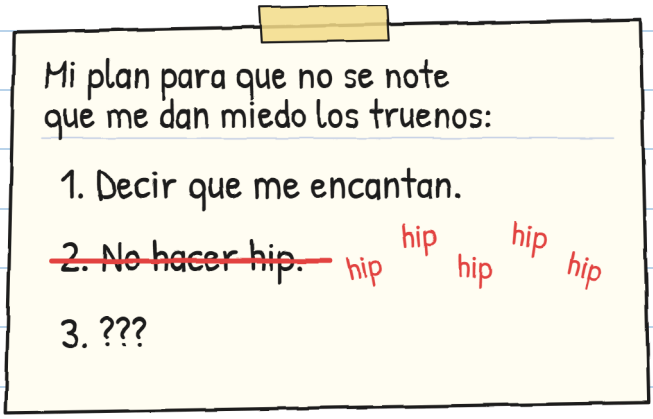
Las siete semillas daban vueltas dentro del frasco, buscando la salida. Yo seguía haciendo hip.



—¿Y si llegamos a once? —pregunté.
Julita miró las patitas pegadas al cristal.
—Piedras otra vez.
Después me miró a mí.

—Miga copia tu miedo —dijo Julita.
—Podría copiar otra cosa —dije.
Hice hip y debajo del bancal se encendió una llamarada.
Miga no parecía dispuesta a cambiar de idea.
—¿Y si la sacamos a la cocina? —pregunté.
—Se agarra. Ya lo viste.
Julita bajó la voz.
—Primero, quédate con ella.

Yo no tenía un remedio para el miedo. Tenía un plan para que no se notara, y había dejado de funcionar:



¿Y el 3? —].

Lo intenté. De verdad.



Un pie dentro.



Un trueno.



Y otra vez en la cocina.

El invernadero es donde más fuerte se oyen los truenos de todo el barrio.

Desde la puerta miré hacia arriba, por el techo de cristal. Y entre relámpago y relámpago, los vi, muy por encima del tejado: los dragones de Vera, volando dentro de la tormenta. Salen a volar cuando nadie mira hacia arriba. Por eso Vera no vino con nosotros: con tormenta se queda pendiente de ellos.



Ellos no hacían hip.

—Vamos, cazador —dijo Toño.

Esperé a que se riera. No lo hizo.

Me quité el colador y se lo di a Flora, que lo sostuvo por las asas como si fuera un casco de verdad.



Y entré.

Un colador no para un rayo. Para el miedo, a veces sí. —].

Dentro, la lluvia sonaba como mil dedos tamborileando a la vez. Me metí a gatas debajo del bancal. Miga estaba allí, hecha una bola, temblando igual que yo.



¡BRRRMM! Hice hip. Miga hizo hip. La llamarada nos iluminó a los dos.

Éramos dos cazadores de tormentas debajo de un bancal.

Entonces, desde la puerta, Julita habló bajito, sin reírse:



—Cuenta conmigo.

CAPÍTULO 5

Cuenta conmigo

Y contamos. Ella desde la puerta y yo debajo del bancal, con Miga temblando contra mi impermeable.

Relámpago.

—Un elefante. Dos elefantes. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

Brrrmm.

—Seis: unos dos kilómetros —dijo Julita—. Ese rayo cayó más lejos. Seguimos a cubierto.



Había contado los seis elefantes y el
miedo seguía conmigo.

Decir dos veces que me encantaban las tormentas no
había funcionado. Miga no copiaba lo que yo decía:
copiaba lo que me pasaba.
Me miró. Esta vez no busqué una excusa.

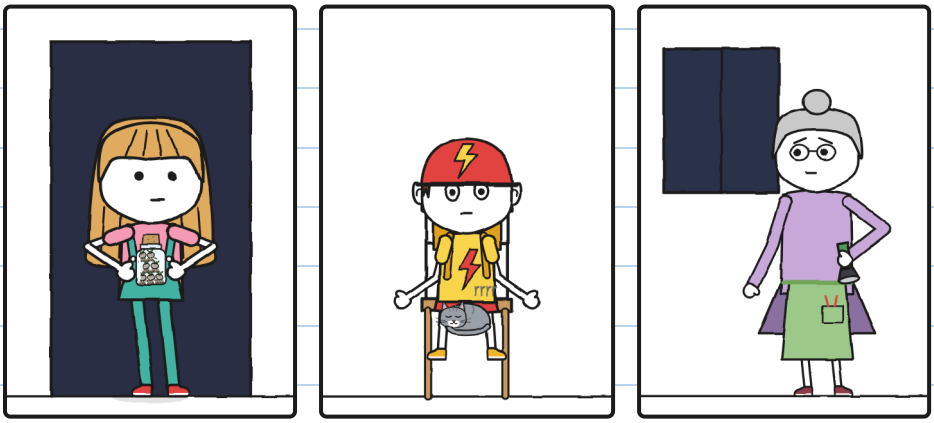


—Me dan miedo los truenos.

—Ya lo sé —dijo Julita—. Lo dibujaste esta mañana, en la página 6. Te estaba esperando.

—A mí me dan miedo los gatos —dijo Toño, que tenía a Trueno dormido en las rodillas y no se atrevía a moverse.

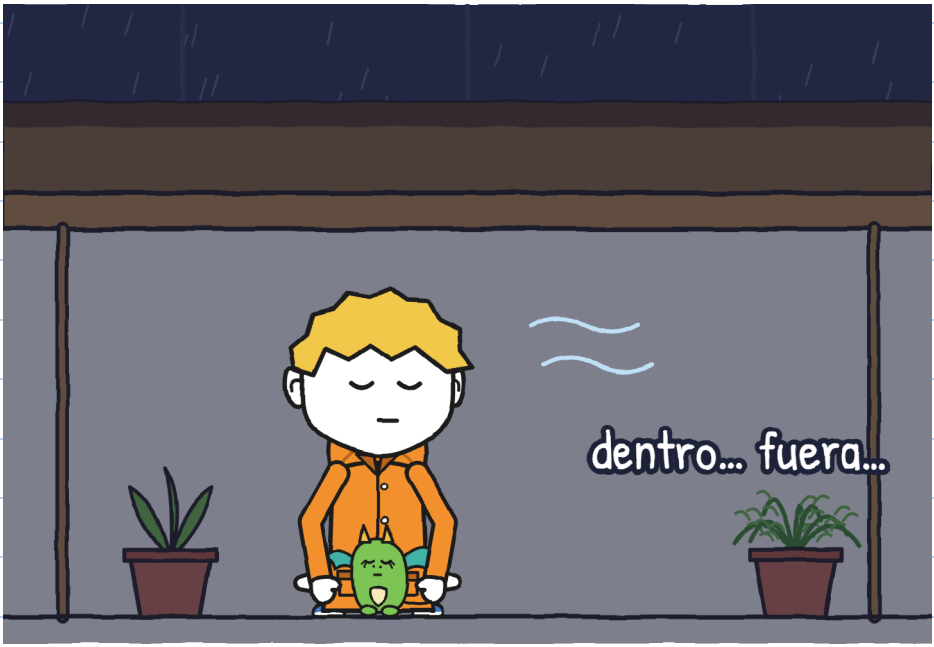
—Y a mí, esperar algo que no llega —dijo Flora—. Por eso, las otras veces, abría el frasco en cuanto llegaba.



Y a mí, las pasarelas. Eso ya lo sabían. —].

Nadie se rio. Seguía lloviendo igual, pero debajo del bancal ya no estaba solo.

Respiré despacio. Miga respiró despacio.



Relámpago. Contamos juntos hasta nueve. Brrrmm.

Y no hice hip. Ni con ese trueno ni con el siguiente.

—¡Ahora! —susurró Flora.

Julita entró de puntillas, a oscuras, puso el frasco encima de la tierra mojada y lo destapó. Luego volvió a la puerta sin hacer ruido.



Tic, tic, tic. A oscuras, algo salía del frasco.

Relámpago, muy lejos. Contamos sin voz, solo con los labios, hasta diez elefantes. Brrrmm.

Diez: el último que contaba.

Con el relámpago siguiente lo vimos:



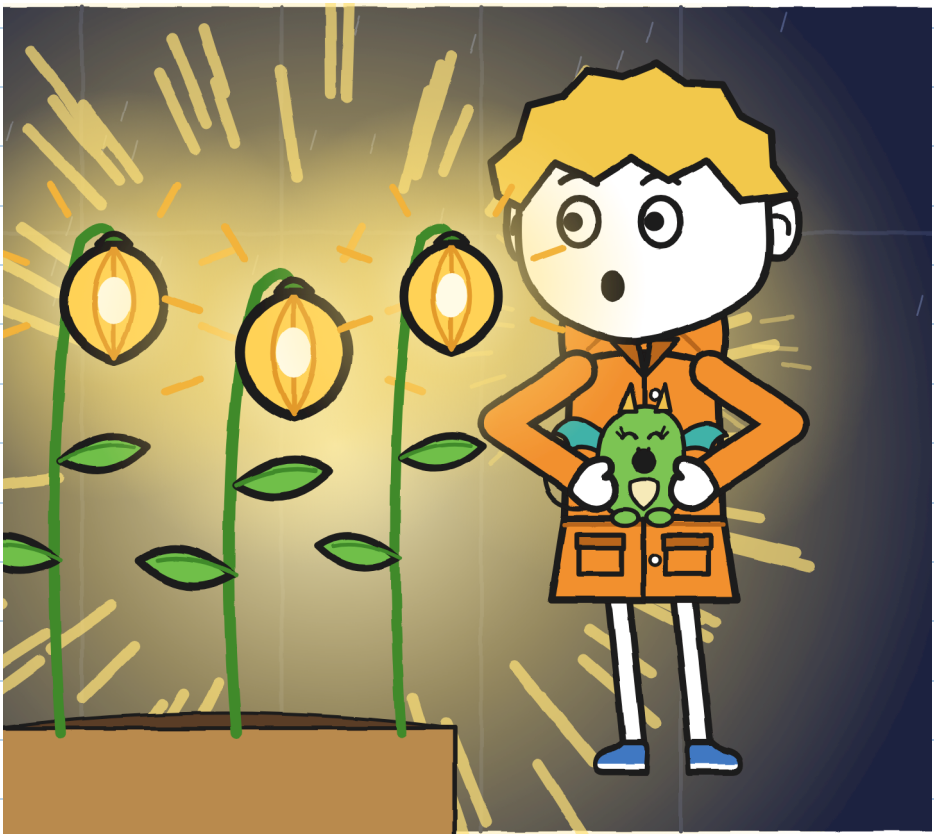
El frasco estaba vacío. En la tierra había siete agujeritos, y en el último todavía asomaba una patita.

Luego, un rato de nada. Solo nosotros, a oscuras, mirando un bancal de tierra.

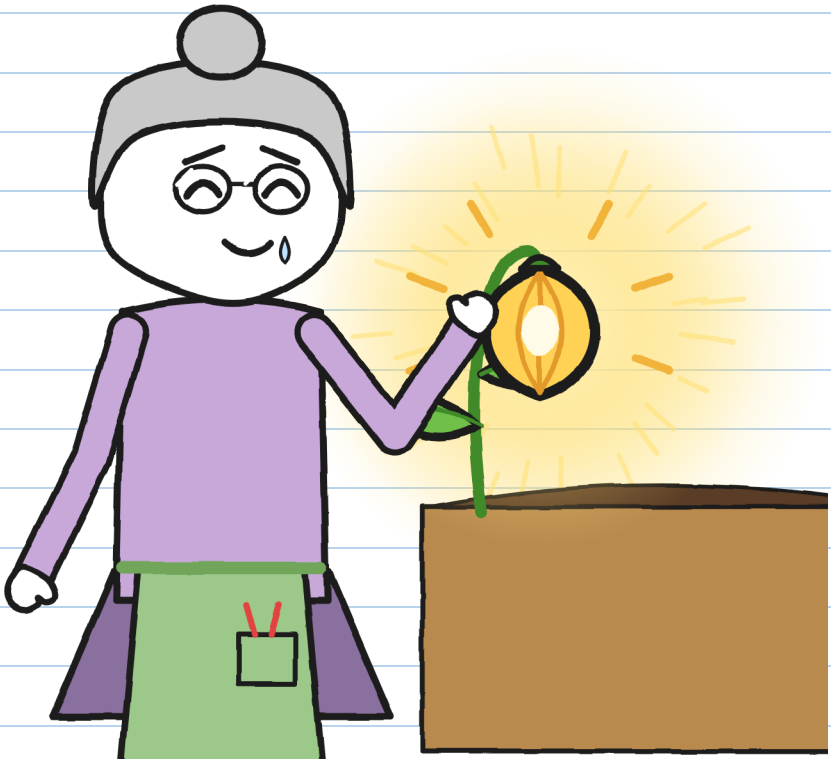
Y entonces se encendió la primera.


Siete farolitos. Cada uno con un trocito de relámpago dentro.

Miga no hizo hip. Miraba los farolitos con la boca abierta, igual que yo, y entendí que ya no me copiaba el miedo. Me copiaba esto.



Flora no dijo nada durante mucho rato. Luego tocó uno de los farolitos con la punta del dedo, despacio, como quien toca algo que ha esperado mucho tiempo.
—Así era el paseo —dijo.



Yo también toqué uno. Miga también. Estaba tibio, como una piedra al sol.

Flora detuvo la lluvia girando la manivela y sacó una pluma para firmar.
Por fin.
Julita lo paró con dos dedos.
—Todavía no.
Se quedó mirando los siete farolitos.

—Falta la octava. Yo abrí el frasco antes de tiempo. Tenemos que encontrarla.
Luego fue a la cocina, despegó la etiqueta de la caja y se la guardó en el bolsillo del overol.



Si se entrega, se entrega entero. —J.

Volvimos todos a la cocina.

—El patio sigue cerrado —dijo Flora—. Aún no vamos a salir.

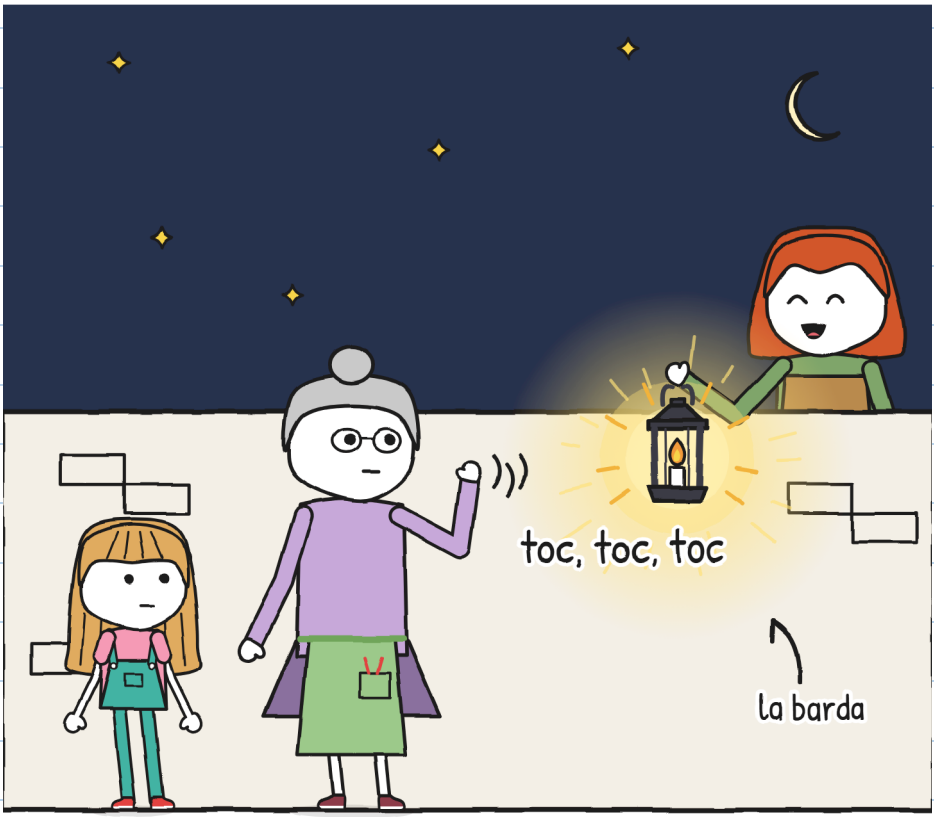
Esperamos hasta que Julita se quedó sin relámpagos que contar, y luego media hora más, contada desde el último trueno. Ya no llovía. La tormenta se había ido.



Y la octava estaba ahí fuera, en algún sitio, a oscuras. Si no había encontrado tierra a tiempo, estaría dormida otra vez: una piedra más. Y sin la firma de Flora, al amanecer el n.º 2 volvería volando a su estantería.

—Vamos a buscarla —dijo Julita.

Flora miró la noche. Luego dio tres golpes en la barda del patio, que es la pared de la Casa de los Dragones, como había dicho Vera.



—Esta vez —dijo— no van solos.

CAPÍTULO 6

La octava

Salimos con Flora y Vera, un farol y una bici. Julita llevaba el frasco vacío y la etiqueta en el bolsillo del overol; yo llevaba a Miga dentro del impermeable. Asomaba la cabeza por donde yo tenía la barbilla.

Buscamos por el patio, por el caminito, por el borde del canal.



Nada. Si la octava se había dormido, podía ser cualquiera de aquellas piedras mojadas.

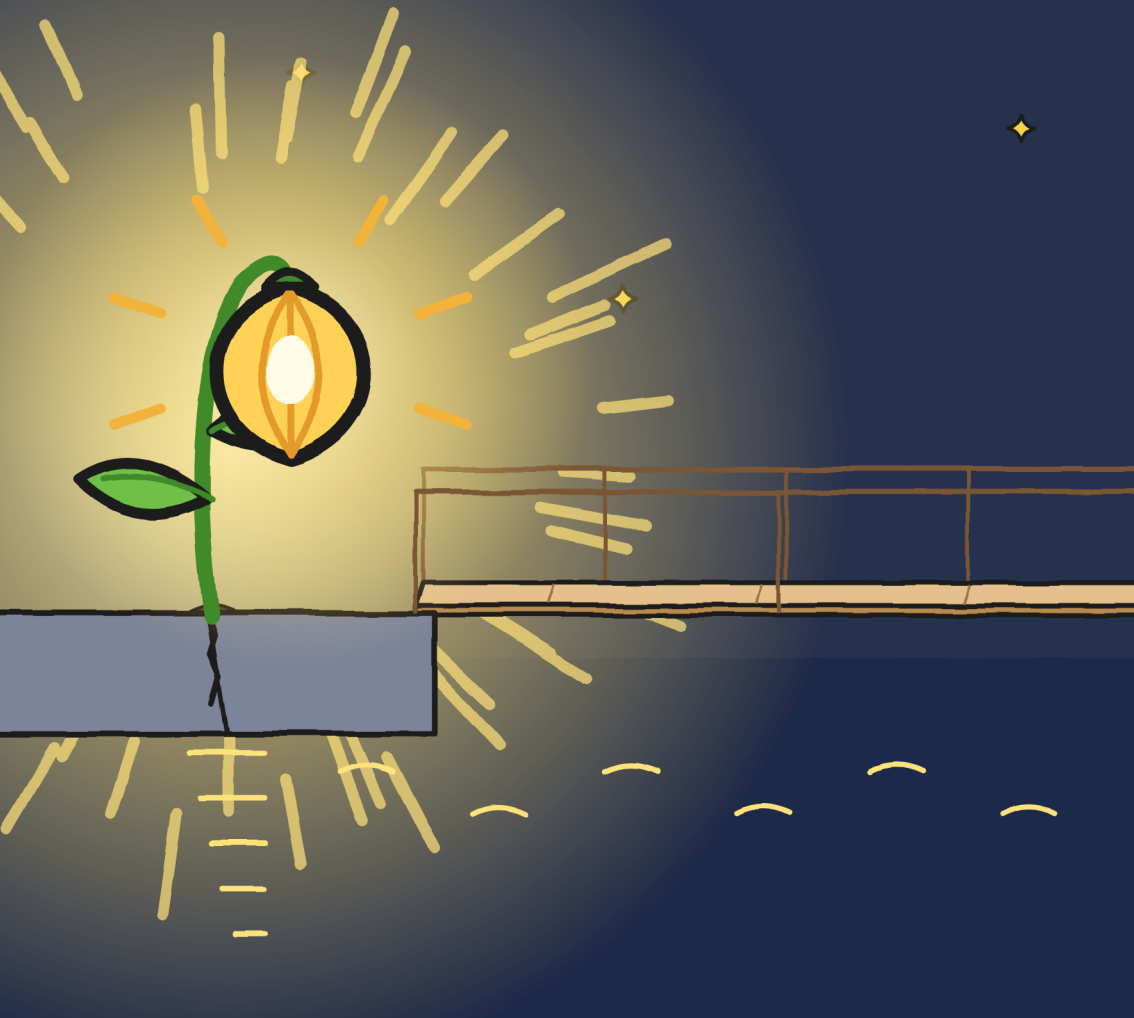
El farol arrancaba reflejos a las piedras mojadas.
Tantos, que costaba mirar entre ellos.
Entonces lo pensé: un farolito recién brotado brillaría poco. Estábamos buscando una lucecita con nuestras tres luces encendidas: se la comían.
—Esperen. Apáguenlo todo.

Toño paró la bici, Vera bajó la llama del farol y Flora apagó la linterna.
Nos quedamos quietos. En la oscuridad, al fondo del paseo, apareció una lucecita.



Al pie de la pasarela.

Creo que la lluvia arrastró a la octava por el caminito hasta el paseo, y que se quedó en una grieta entre dos piedras, con un dedo de tierra mojada, justo donde empieza la pasarela. Allí se plantó ella sola. De lejos, una lucecita. De cerca, lo alumbraba todo.



Julita se quedó mucho rato mirando la pasarela. Con luz parecía otra: más corta, más ancha, más de madera que de agua.

Puso un pie en la pasarela. Solo uno. Luego lo quitó.



De lejos ya no me da miedo. De cerca, casi tampoco. —J.

—Esa se queda aquí —dijo Flora—. Eligió sitio.

Julita le dio la etiqueta y su marcador verde, porque ya sabíamos qué tinta no se borra. Flora firmó allí mismo, a la luz de la octava, y le devolvió el marcador.

N.º 2 · FRÁGIL

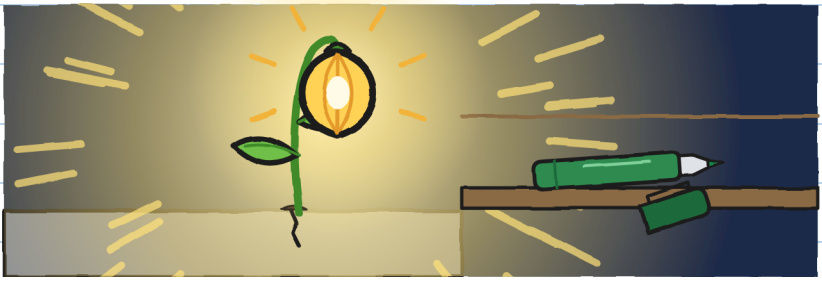
DESTINO: Flora, calle del Canal, 9

INSTRUCCIONES: NO ABRIR ANTES DEL TRUENO

REMITENTE: R.

DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO

ENTREGADO: Flora



Al despedirnos en su puerta, Flora me dio su colador:
—Quédatelo. Para la próxima tormenta. Y dile a Mara que ya era hora.

Vera dejó a Miga en su nido y nos llevó a la tienda en su camioneta, con la bici de Toño detrás, por el puente de la carretera: de noche, el Puente Mayor se levanta para que pasen los barcos. Nos dejó en la puerta de la tienda y volvió con sus dragones.

La tienda estaba a oscuras. Mara no estaba en el mostrador.

Estaba debajo.



—¿Ya pasó? —preguntó Mara.
—Hace un buen rato —dijo Julita.

Cobija, orejeras y una cacerola de casco. Veintitrés entregas, ninguna con tormenta.

Ahora entendía las «cosas que hacer aquí».
Le di el recado de Flora. Mara se bajó la cacerola hasta las cejas.

—A mí también me dan miedo los truenos —le dije.
Mara levantó la cobija sin decir nada.



Me metí debajo del mostrador con ella. Cabíamos.

Mara le puso a Toño una caja de reparto boca abajo, junto a los taburetes.
—Tu sitio. De momento —dijo.

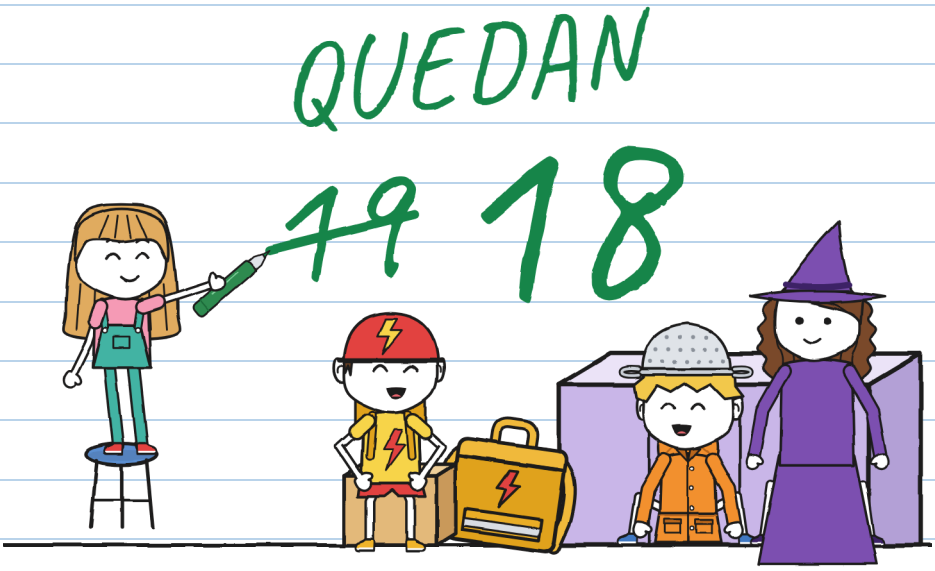
Toño se sentó y, con el marcador de Julita, añadió dos palabras a la letra pequeña de su mochila: «y gatos».



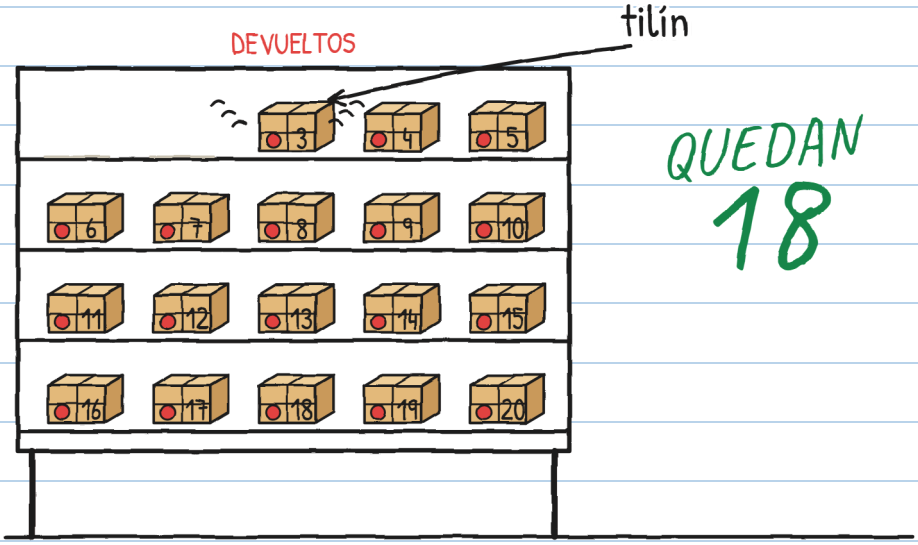
Ahora la letra pequeña dice la verdad. —J.

Arreglé mi plan. Para los truenos:

1. Contar elefantes.
2. Con alguien.
3. Si hago hip, no pasa nada.



Y no decir que eres cazador de nada. —J.

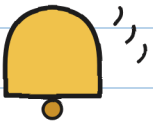


Esa noche, antes de irnos a casa, uno de los devueltos sonó: tilín. Como una campanilla. El n.º 3.

En la etiqueta ponía:

N.º 3

PARA TOÑITO

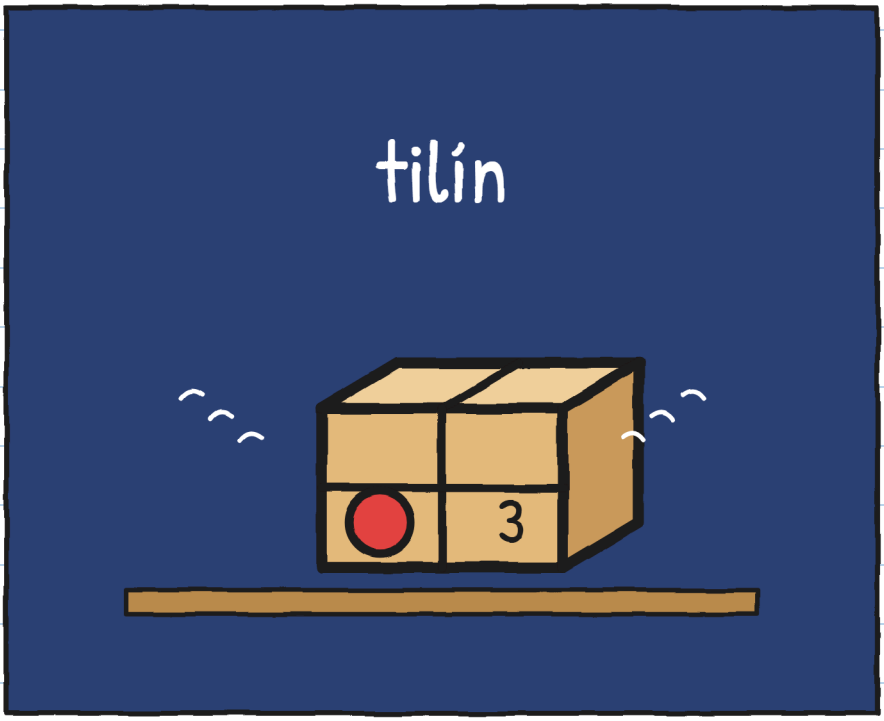




Toño se puso del color de su casco.

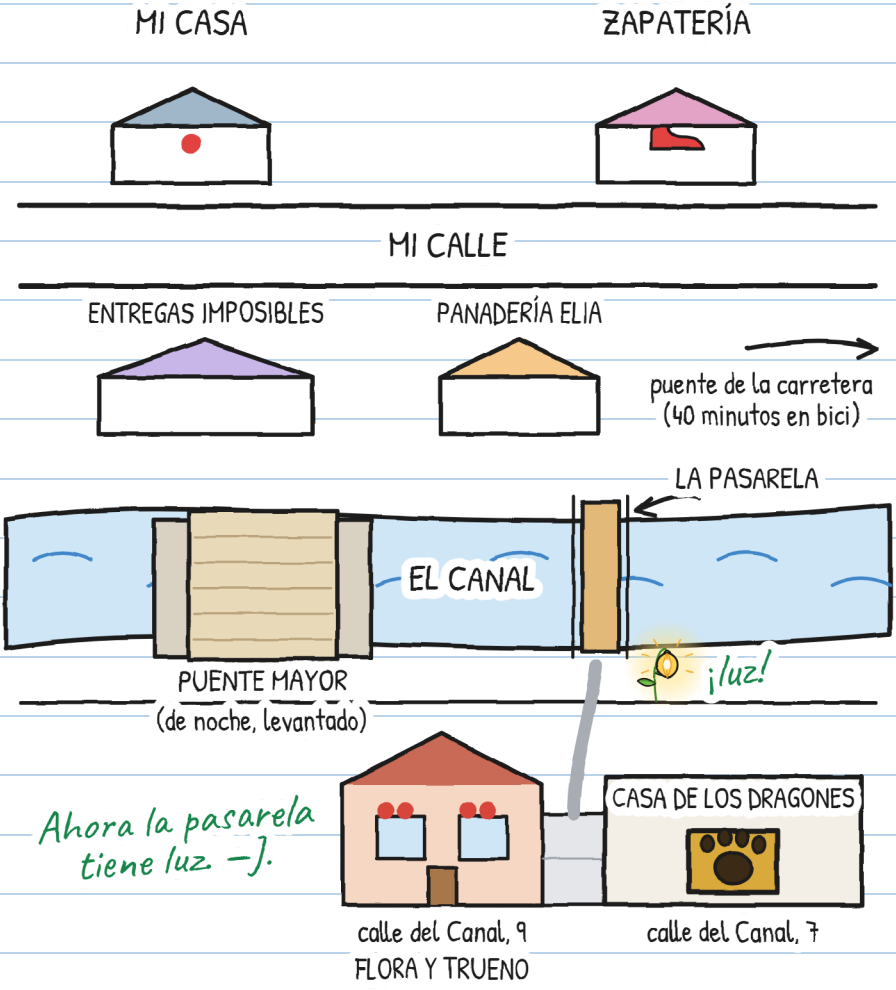
ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

(muy pronto)



¿Quién le manda paquetes a Toño? —J.

EL BARRIO (versión 2)



Tengo una ficha de R. Las dos primeras pistas son del cuaderno 1. Apunté las nuevas:

LO QUE SABEMOS DE R.



R.

1. Tiene muy mala letra (Mara).
2. Vera se puso blanca al leer su inicial.
3. Plantaba farolitos con Flora, hace mucho.
4. Cumple tarde, pero cumple.
5. Hizo los cristales encantados de Flora.

6. Nadie dice su nombre. Eso también es una pista. —J.

¿Y tú? ¿Quién crees que es R.?

Yo creo que R. es...

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
JULITA ATRAPA LA SEMILLA NÚMERO SIETE.

TALLA XS · A1
Quedaba una semilla en el suelo. Julita la atrapó. Siete.

TALLA S · A2
Otro relámpago: en el suelo quedaba solo una semilla. Julita la atrapó. Siete.

TALLA M · B1
Al relámpago siguiente solo quedaba una semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA L · B2
Cuando volvió a relampaguear, en el suelo quedaba una sola semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Misma tormenta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

TORMENTA DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Si oyes un trueno, aunque sea lejos, entra en casa: el rayo ya puede llegar hasta ti.
2. Dentro, con una persona adulta, lejos de ventanas, puertas y cristales. Nada de invernaderos, puentes, árboles ni agua.
3. No salgas hasta media hora después del último trueno.
4. Contar elefantes sirve para saber si un rayo cayó cerca o lejos, y para calmarte. No sirve para saber cuándo salir.

CUENTA TU TORMENTA

Desde dentro de casa: cuenta elefantes entre el relámpago y el trueno.

Relámpago	Elefantes	Kilómetros (1 cada 3, aprox.)	Ese rayo, ¿más cerca o más lejos?
1	15	5	–
2	9	3	más cerca